

# LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden —

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

## LA IDEA Y LA ACCION

Hay en el movimiento revolucionario dos temperamentos básicos y en consecuencia dos maneras fundamentales de encajar las cosas de la propaganda. Una, la que lo fia todo a la idea pura; otra, la que pone todas las cartas sobre la acción por la acción. Pero si generalmente los términos medios son los falsos, esta vez, el término medio, es la expresión justa, la manifestación más aproximada a la verdad.

Cuando la idea es separada de la acción, se vuelve impotente y su existencia real equivale a la no existencia; cuando la acción es separada de una idea directiva, se reduce a una agitación infecunda, a un movimiento sin alma, sin norte, sin perspectivas creadoras. La acción debe ponerse al servicio de la idea mucho más que la idea al servicio de la acción. Pero, aisladas, idea y acción son estériles, como la palanca sin el punto de apoyo, o como el punto de apoyo sin la palanca.

Pensamos que nuestro movimiento adolece algo de cierto conformismo teórico que no siente impaciencias ni deseos apremiantes de ser transformados en realidad los bellos sueños de la fantasía, y así se esterilizan esos sueños y el movimiento entero vegeta sin grandes conmociones espirituales, trillando algunos senderos trazados previamente por ajeno esfuerzo.

Nos resistimos a reconocer un sincero apasionamiento por la anarquía allí donde ese apasionamiento no se manifiesta al exterior, en los esfuerzos individuales o colectivos. ¿De qué nos serviría, de qué serviría al progreso de la humanidad nuestra anarquía bien guardada en algún rinconcito del cerebro o del corazón, sin influencia en nuestra conducta, sin hacernos obrar de un modo más bien que de otro, sin incitarlos a hacer compartir por los demás nuestros tesoros de ideas, sin estimularnos a la lucha para la instauración de condiciones en que esa anarquía, de que nos decimos enamorados y entusiastas, pueda prosperar y desarrollarse?

Un movimiento revolucionario tiene un objetivo—nosotros tenemos la anarquía; y el grado de su vitalidad se revela en la intensidad con que se manifiesta el esfuerzo por alcanzar ese objetivo. ¿Cuál es el grado de vitalidad del anarquismo? Auscultemos el propio corazón, auscultemos y estudiemos la vida, la conducta, el ejemplo de tantos que se llaman camaradas. ¿Hacen, hacemos bastante? Para una inmensa mayoría la in-

tegración del movimiento anarquista no significa ningún compromiso; la propia conciencia no les reprocha la actitud pasiva ni el hecho de ser anarquistas con el espíritu superficial e indiferente del que no siente ninguna emoción por un ideal que debería hacer vibrar todo nuestro ser y poner en tensión todas las fi-

espíritu pasivo en el sindicato anarquista no se manifiesta, ni con mucho, una adhesión efectiva al anarquismo. Tampoco es bastante, para ser anarquista, la suscripción a algunos de nuestros periódicos y su abonamiento regular. No merece el nombre de anarquista más que el que lucha por la anarquía, según sus fuerzas, haciendo de esa lucha un elemento de su propia vida.

Entendemos que se puede ser, sin entusiasmo, miembro de una de esas sociedades de eremación para irnos pagando poco a poco el viaje a la última morada; nos explicamos que



La mutua ayuda oficial franco-alemana

bras de la voluntad, para que la libertad y la justicia fuesen las supremas reguladoras de la vida.

El campo de acción en que podemos desarrollar nuestro esfuerzo en favor de la anarquía es infinito; no tiene para el individuo más límites que las propias capacidades y aptitudes. Una de las tantas formas, aunque de las primordiales, es el movimiento obrero. Pero creer que se hace bastante por la anarquía con solo pagar la cuota del sindicato y votar en las asambleas, de tanto en tanto, sobre cosas que no siempre hemos comprendido, es una ilusión. Con el

no se ponga el alma en el pago de una póliza de seguros contra la enfermedad y la vejez; comprendemos que no se produzca ningún apasionamiento en la adhesión formal a una cofradía religiosa. Pero no entendemos, no nos explicamos la adhesión al anarquismo sin entusiasmo y apasionamiento, sin espíritu combativo, sin deseos y anhelos de verlo propagado, aceptado por todos los hombres sanos de corazón, y realizado.

Que se nos permita dudar un poco. Donde no hay lucha por la anarquía no hay un gran amor al anarquismo, pues la idea que no se ma-

## Sumario de este número

REDACCION:  
"La idea y la acción".  
M. BAKUNIN:  
"Programa de la Sociedad de la revolución internacional".  
M. NETTLAU:  
"Internacional colectivista y comunismo anárquico".  
A. KARELIN:  
"¿Qué es la anarquía?"  
I. CHAS DE CHRUZ:  
"Un muchacho".  
L. BERTONI:  
"El escepticismo social de A. France".  
Encuesta del grupo "Los Iconoclastas" de Steubenville, Ohio. Respuestas de M. Giménez (Barcelona) y Un médico rural (Valencia).  
NUESTROS MUERTOS:  
R. Chaughy y Lizzie N. Holmes.  
BIBLIOGRAFIA:  
D. A. DE SANTILLAN:  
"La jornada de seis horas"

nifiesta, que no se traduce en actos, que no se expresa como una fuerza, no puede ser considerada como existente. El alma teológica no existe; el alma es el sistema nervioso, el cerebro, y no hay nada que apasione al cerebro que no se exteriorice de alguna manera. ¿Amor a la anarquía donde no se advierte el esfuerzo por realizarla, por difundirla, por encarnarla en la vida? Nos sentimos inclinados a ponerlo en duda.

No hay entre nosotros ni voces de mando ni sanciones disciplinarias. Cada cual hace lo que quiere y lo que puede. Pero si nos queda el recurso de recordar a nuestros camaradas que la labor a realizar es todavía enorme, que hay que destruir un mundo que nunca se ha considerado más sólido y construir una sociedad nueva. El derecho a recordarles que la pasividad no es un modo elocuente de expresar las simpatías y la fe en el anarquismo, ese derecho lo conservamos todos. Y haremos uso de él para llamar a los militantes a redoblar el esfuerzo y a trabajar con más aliento y más fervor en pro de la causa común.

Es preciso romper el hielo de la indiferencia con que se trata de ahogar nuestra voz; que cada cual mire al fondo de su conciencia y examine si da a la anarquía todo el entusiasmo y todo el calor de que es capaz. Por nuestra parte pensamos que esa mirada introspectiva ha de hacernos ver lo poco que sacrificamos nuestra pereza o nuestras comodidades por una causa que no puede existir más que a costa de abnegación, de voluntad y de espíritu de sacrificio en los que la reconocen.

Camaradas, un poco más de esfuerzo, un poco más de fuego en las convicciones, un poco más de vida, de audacia y de juventud! Las ideas se enmohecen y se debilitan cuando no se expresan con actos.

MIGUEL BAKUNIN

Programa de la Sociedad de la revolución internacional

Fragmento inédito de Miguel Bakunin

(Conclusión)

Completaré este programa fragmentario, añadiendo aquí un extracto del Catecismo Revolucionario de 1866, documento inédito (salvo lo que he producido en mi biografía de Bakunin, págs. 221 a 223), principalmente el

RESUMEN DE LOS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE ESTE CATECISMO.—

(Páginas 47 a 53 de la copia de ese documento, hecha por Z. S. Obolenska):

- a) Negación de dios; b) El respeto a la humanidad debe reemplazar el culto a la divinidad. La razón humana reconocida como criterio único de la verdad; la conciencia humana como base de la justicia y la libertad individual y colectiva como fuente y base única del orden en la humanidad; c) La libertad de cada uno no es realizable más que en la igualdad de todos. La realización de la libertad en la igualdad es la justicia; d) La exclusión absoluta del principio de autoridad y de razón de Estado. La libertad debe ser el único principio constitutivo de toda organización social, política tanto como económica. El orden en la sociedad debe ser la resultante del mayor desenvolvimiento posible de todas las libertades locales colectivas e individuales. Toda la organización, tanto política como económica debe partir, por consiguiente, no ya como hoy, de arriba hacia abajo y del centro hacia la circunferencia, por principio de unidad, sino de abajo hacia arriba y de la circunferencia hacia el centro, por principio de asociación y de federación libres.

e) Organización política. Abolición de toda iglesia oficial, protegida y pagada por el Estado. Libertad absoluta de conciencia y de culto, con el derecho ilimitado de cada uno a levantar templos a sus dioses y a pagar sus sacerdotes. Libertad absoluta de las asociaciones religiosas, que no disfrutarán, por otra parte, de ningún derecho político y civil, ni podrán ocuparse de la educación de los niños. Abolición y bancarrota del Estado centralizador y tutelar. Libertad absoluta del individuo, no reconociendo los derechos políticos más que a los que vivan de su trabajo, a condición de que respeten la libertad ajena. Sufragio universal, libertad ilimitada de la prensa, de la propaganda, de los discursos y de las reuniones públicas y privadas. Libertad absoluta de asociación, sin conceder, sin embargo, el reconocimiento jurídico más que a las que por su objeto y su constitución anterior (leer: interior) no se pongan en contradicción con los principios fundamentales de la sociedad. Autonomía absoluta de la comuna, con el derecho de administración y hasta de legislación interior, salvo conformarla a los principios fundamentales que servirán de base a la constitución provincial, si la comuna quiere formar parte de la federación y disfrutar de la garantía provincial. La provincia no debe ser más que la federación de las comunas. Autonomía de la provincia ante la nación, con el derecho de administración y de legislación interiores, salvo el conformarlas a los principios fundamentales de la constitución nacional, si la provincia quiere formar parte de la federación y disfrutar de la garantía nacional. La nación no debe ser más que la federación de las provincias que libremente quieran formar parte de ella, con el deber de respetar la autonomía de cada una, pero teniendo, sin embargo, el derecho a exigir que la constitución y la legislación particular de cada provincia que quiere formar parte de la federación y disfrutar de la garantía nacional, sean conformes a la constitución y a la legislación nacionales, que en todos los asuntos que conciernen, sea a la relación mutua de las provincias, sea a los intereses generales de la nación entera, cada provincia

ejecuta los decretos votados por el parlamento nacional y notificados por el gobierno nacional, y cada una debe someterse a las sentencias del tribunal nacional, salvo apelación al tribunal internacional, cuando éste existe. En caso de rehusamiento de obediencia en uno de esos tres casos, la provincia será puesta fuera de ley y fuera de la solidaridad nacional, y en caso de ataque de su parte contra una de las provincias federadas, será vuelta a la razón por el ejército nacional. Abolición de los llamados derechos históricos, de conquista y de toda política de redondeamiento, de engrandecimiento, de gloria y de potencia exterior del Estado. La prosperidad como la libertad de todas las naciones son solidarias, y cada cual debe buscar su potencia en su libertad. La independencia nacional es un derecho nacional, inalienable como el del individuo; con ese título debe ser sagrada, pero no a título de derecho histórico. Del hecho que un país haya estado unido a otro durante siglos, aunque fuese voluntariamente, no se sigue que deba sufrir esa unión si no la quiere; porque las generaciones pasadas no han tenido jamás el derecho de alienar la libertad de las generaciones presentes y futuras. Por tanto, cada nación, cada provincia, cada comuna tendrán el derecho absoluto a disponer de sí mismas, a irse con otras lo mismo que a romper sus alianzas pasadas y presentes, y formar nuevas, sin que esté en el derecho y en el interés de ningún otro país el impedirlo. Toda violencia, bajo este aspecto, deberá ser reprimida por la federación nacional entera, porque todo ataque contra la libertad de un solo país es un insulto, una amenaza, un ataque indirecto contra la libertad de todas las naciones. En fin, federación internacional y solidaridad revolucionaria de los pueblos libres contra la coalición reaccionaria de los países esclavos todavía. f) Organización social. — La igualdad política es imposible sin la igualdad económica. La igualdad económica y la justicia social serán imposibles en tanto que en la organización de la sociedad no haya para cada individuo humano, al nacer a la vida, una perfecta igualdad del punto de partida, consistente en la igualdad de los medios de sostenimiento, de educación, de instrucción y más tarde de aplicación de las diferentes capacidades y fuerzas que la naturaleza habrá puesto en cada uno. Abolición del derecho de sucesión. El fondo de educación pública solamente tendrá derecho a heredar, teniendo a su cargo el mantenimiento, la vigilancia, la educación y la instrucción completa de los niños desde su nacimiento hasta su mayoría de edad. Siendo el trabajo el único productor de las riquezas, todo hombre debe trabajar para vivir, sino será considerado como ladrón. El trabajo inteligente y libre, base de la humana dignidad y de todos los derechos políticos y el trabajo individual, se funda cada día más en el trabajo asociado. La tierra, propiedad de todo el mundo, no será poseída más que por aquellos que la cultivan. Igualdad del hombre y de la mujer en todos los derechos políticos y sociales. Abolición de la familia legal, fundada en el derecho civil y en la propiedad. Matrimonio libre. Los niños no pertenecen ni a los padres ni a la sociedad. La tutela suprema de los niños, su educación y su instrucción pertenecen a la sociedad. La escuela reemplazará la iglesia. Su fin: la creación de la humanidad libre. Abolición de las prisiones y del verdugo. Respeto y cuidados para los viejos, para los inválidos, para los enfermos. [Como la parte resumida en lo que precede, de este Catecismo Revolucionario (págs. 1 a la 46) es seguida aún de una parte final de que no hay resumen, he aquí esa parte (págs. 53 a la 56)]:

12.— Política revolucionaria. — Es nuestra convicción fundamental

que siendo solidarias todas las libertades nacionales, las revoluciones particulares de todos los países, deben serlo también; que en lo sucesivo en Europa como en todo el mundo civilizado no habrá revoluciones, sino sólo la revolución universal, como no hay más que una sola reacción europea y mundial; que, por consiguiente, todos los intereses particulares, todas las vanidades, pretensiones, envidias y hostilidades nacionales, deben fundirse hoy en el único interés común y universal de la revolución que asegurará la libertad y la independencia de cada nación por la solidaridad de todas. Que la santa alianza de la reacción mundial y la conspiración de los reyes, del clero, de la nobleza y de la feudalidad burguesa, apoyadas en enormes presupuestos, en ejércitos permanentes, en una burocracia formidable, armadas de todos los terribles medios que les da la centralización moderna con el hábito y, por decirlo así, con la rutina de la acción y el derecho de conspirar y de hacerlo todo a título legal, son un hecho inmenso, amenazante, aplastante, y que, para combatirlo, para oponerse a un hecho de una potencia igual, para vencerle y destruirlo no se necesita nada menos que la alianza y la acción revolucionarias simultáneas de todos los pueblos del mundo civilizado. Contra esa reacción mundial la revolución asistida de un pueblo no podría triunfar, sería una locura por consiguiente, una falta para ella misma y una traición, un crimen contra todas las demás naciones [en manuscrito: acciones]. En lo sucesivo la sublevación de cada pueblo debe hacerse, no en vista de él mismo, sino en vista de todo el mundo. Pero para que una nación se subleve en vista y en nombre de todo el mundo, será preciso que tenga el programa de se-

do el mundo, bastante amplio, bastante profundo, bastante verdadero, bastante humano, en una palabra, para abarcar los intereses de todo el mundo, y para electrizar las pasiones de todas las masas populares de Europa, sin diferencia de nacionalidades. Ese programa no puede ser más que el de la revolución democrática y social. a. El objeto de la revolución democrática y social, tal vez definido en dos palabras: Políticamente: es la abolición del derecho histórico, del derecho de conquista y del derecho diplomático. Es la emancipación completa de los individuos y de las asociaciones del yugo de la autoridad divina y humana, — es la destrucción absoluta de todas las uniones y aglomeraciones forzadas de las comunas en las provincias, de las provincias y de los países conquistados en el Estado. En fin, es la disolución radical del Estado centralista, tutelar, autoritario con todas las instituciones militares, burocráticas, gubernamentales, administrativas, judiciales y civiles. Es, en una palabra, la libertad devuelta a todo el mundo, a los individuos como a todos los cuerpos colectivos, asociaciones, comunas, provincias, regiones y naciones, y la garantía mutua de esa libertad por la federación. Socialmente: es la confirmación de la igualdad política por la igualdad económica. Es el comienzo de la carrera de cada uno, la igualdad del punto de partida, igualdad no natural, sino social para cada uno, es decir igualdad de los medios de sostenimiento, de educación, de instrucción para cada niño, de ambos sexos, hasta la época de su mayoría de edad. (Aquí termina la copia del texto).

MAX NETTLAU DE POLEMICA Internacional colectivista y comunismo anárquico

¿Puedo hacer algunas observaciones sobre un artículo mío traducido en "Pensiero e Volontá", discutido por E. Malatesta y también por Gigi Damiani en "Fedel!", 113, 114 y 115, a propósito de las soluciones económicas comunistas e individualistas propuestas para la anarquía futura? Quisiera hacer notar que soy extraño a la reimpression de mi artículo hecha primeramente en el periódico norteamericano The Road to Freedom, pues ese artículo había sido publicado en febrero de 1914 en Freedom (Londres); hubo entonces una cantidad de cartas y una replica mía en mayo de 1914. El artículo fue traducido entonces por E. Armand en sus Refractaires y me recuerdo de una breve respuesta, absolutamente negativa, de B. R. Tucker. Antes de reimprimir en América ese artículo doce años después, se me habría debido ofrecer la posibilidad de recordarlo, donde lo hubiese creído necesario, o bien se habría debido poner la fecha de 1914.

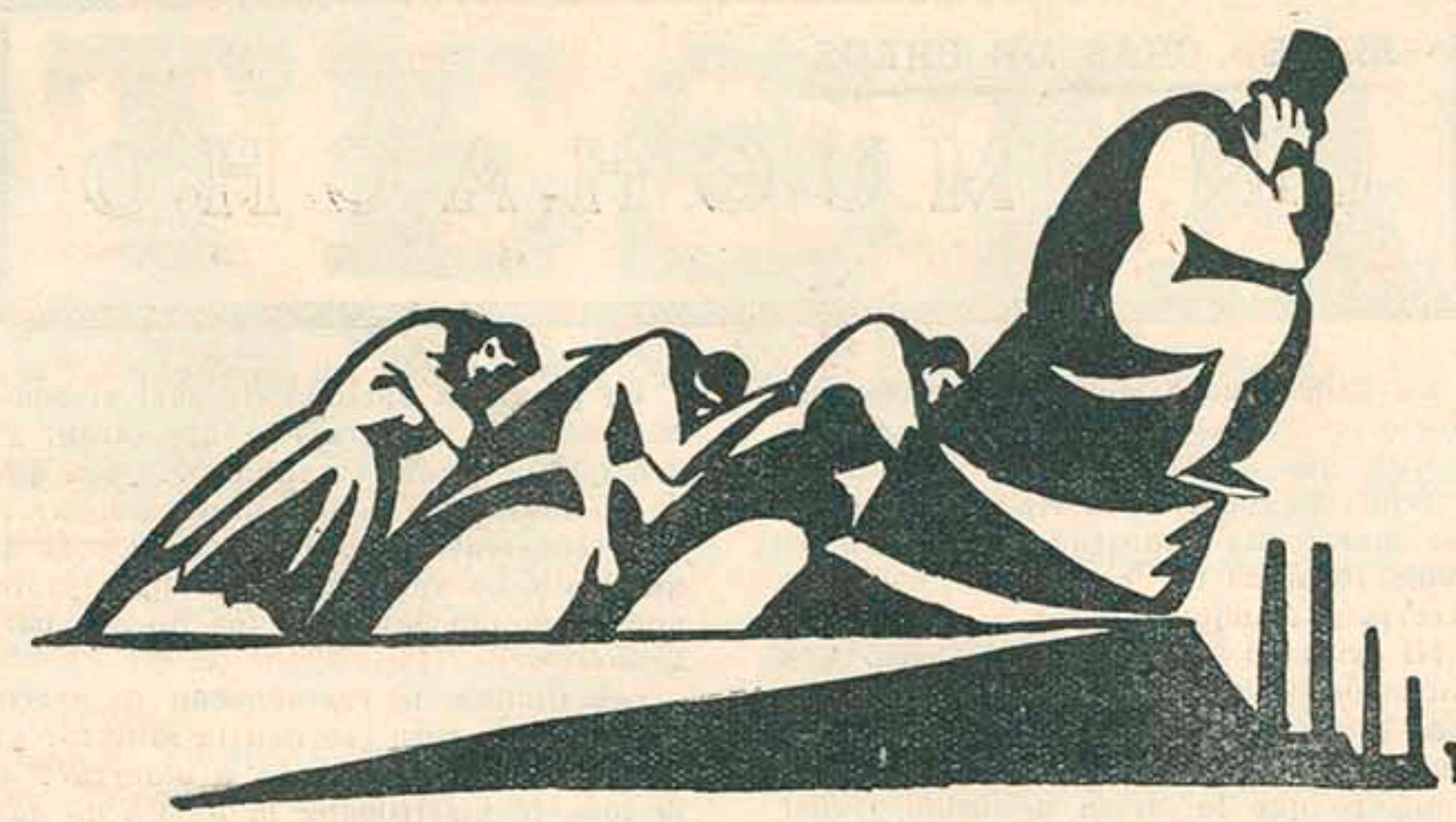
Esto explicará que yo no he pensado de ninguna manera en las tendencias individualistas existentes en el seno de los movimientos comunistas anarquistas en Francia, Italia y en otras partes. No he pensado más que en los dos sistemas económicos elaborados con una precisión absoluta, el de Kropotkin y el de Tucker, que se excluyen, son recíprocamente hostiles, y que, poniendo ante el público dos pretendidas soluciones económicas con idéntica esperanza y buena fe, no me parece que obren de manera muy práctica. Se rememorarán las grandes luchas entre proudhonianos y colectivistas en Francia y en Bélgica durante los años de 1867 a 1870, y la Internacional habría sido mucho más fuerte en ocasión de la guerra y de la Comuna sin esas divisiones, y se sabe también en qué medida y desde hace cuanto tiempo, ya desde 1830, tantos americanos inteligentes y generosos habían sido fascinados por el sistema individualista de Warren, continuado por Tucker, lo que originó

la debilidad y el retardo del anarquismo colectivista y comunista que, hoy mismo, está casi enteramente limitado a los inmigrantes alemanes, hebreos, rusos, italianos, españoles, etc. Me ha parecido que esas dos propagandas que se ignoran o se consideran hostilmente, podrían cooperar o apoyarse recíprocamente, constatando simplemente que no emiten dogmas o resultados adquiridos, sino simples hipótesis, amando cada cual la suya, sin despreciar la del otro, y que la experiencia libre del porvenir decidirá si uno o el otro método deberá prevalecer o si deberá haber un método único o más de uno, y cuáles, y en qué condiciones especiales. En 1914 había, pues, dos partidos, en todas las cartas, un non possumus absoluto. En 1926 el hecho mismo que se haya vuelto a ocupar uno de este viejo artículo parece mostrar que el exclusivismo de un tiempo se ha debilitado: es hoy contentísimo. Ocupándome en estos últimos meses minuciosamente de la vida de Bakunin desde el 1868 al 1876 y además, hoy mismo, de la historia de las ideas anarquistas desde 1864 (ó 1859) al 1880 — el primer volumen de la historia hasta 1864 se publicó en alemán en 1925 — he seguido de cerca las luchas del colectivismo naciente contra el proudhonismo y he llegado al año 1876, el año del comunismo anárquico naciente en varios ambientes y antes aun de Kropotkin. En otro tiempo veía en eso un gran acontecimiento — la coronación de la elaboración de la idea anarquista — ahora, en cambio, estoy inclinado a ver ahí una restricción, una especialización, una disminución de esta idea y la causa de su difusión demasiado lenta que todos nosotros deploramos. Me explicaré. Cuando el sentimiento socialista hizo rechazar el proudhonismo que, especialmente para los proudhonianos después de la muerte de Proudhon (enero de 1865) se había convertido en un sistema anodino de cambio mutuo,

se basaba en dos concepciones amplias y fundamentales: el carácter social de los seres humanos y la abolición de la opresión y de la explotación, considerados y reconocidos como inseparables. Se estaba, pues, simultáneamente contra el Estado y contra el capitalismo: se sustituía el Estado por la Federación libre y el salariado por el trabajo asociado que garantizaría a cada uno el producto íntegro del propio trabajo. He ahí todo; eso bastó para Bakunin y los jurasianos, para los españoles desde 1868 a 1886. Nadie se ocupó entonces de terminar en los detalles lo que quería decir el producto integral del trabajo; se sabía que se trataba del producto no diezmado por el capitalista y por el Estado y eso bastaba. Al que hubiese preguntado por los detalles se le habría respondido que no se sabía y que correspondería al grupo, a la asociación futura encontrar los medios prácticos y equitativos. En suma, fué aquélla la menor preocupación. Una concepción tal, podía reunir amplias masas y efectivamente entonces, esta idea colectivista revolucionaria estuvo sólo ante los obreros de muchos países donde los proudhonianos, blanquistas y marxistas, fourieristas y otros significaban también poco. La gran corriente, pues, fué entonces anarquista colectivista, posición magnífica que no hizo sino poner más en relieve aquella manifestación casi espontánea del federalismo y del antiestatismo que fué la Comuna de París. El obrero se unía a aquellos que luchaban por la solidaridad y por la ausencia de opresión y de parasitismo; el obrero comprendía eso, pero temo que comprendiese mucho menos cuando se elaboró y auspició una solución especial a partir de 1867 y particularmente desde 1879-80. Quisiera citar lo que ha escrito James Guillaume, el representante más consciente y uno de los más inteligentes del colectivismo de la Internacional, en sus Idées sur l'organisation sociale (Chaux-de-Fonds, 1876, agosto), opúsculo escrito primeramente en octubre de 1874 a pedido de Cafiero y que circuló, según parece en una traducción manuscrita hecha por Cafiero, un texto primitivo que hasta aquí parece perdido. Escribe, pues, en el texto revisado en 1876 (págs. 16-17): "Los productos del trabajo pertenecen a la comunidad, y todo asociado recibe de ella, sea en especies (viveres, ropas, etc.), sea en moneda de cambio, la remuneración del trabajo por él realizado. En algunas asociaciones, esa remuneración será proporcionada a la duración del trabajo; en otras lo será tanto en razón a la duración del trabajo como a la naturaleza de las funciones ejecutadas, pudiendo aun ser intentados y practicados otros sistemas."

"Este problema del reparto se vuelve enteramente secundario cuando haya sido resuelto el de la propiedad y no existan más capitalistas que hagan deducción alguna sobre el trabajo de las masas. Sin embargo pensamos que el principio a que se debe tratar de ajustarse uno lo más posible es éste: De cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades. Una vez que, por mérito de los sistemas mecánicos y de los progresos de la ciencia industrial y agrícola, haya aumentado la producción tanto como para superar con mucho las necesidades de la sociedad — y este resultado será obtenido en el espacio de pocos años después de la revolución — una vez que se haya llegado a tal punto de bienestar, no se medirá más con mano escrupulosa la parte concerniente a cada trabajador: cada uno podrá llegar a la abundante reserva social, según toda la extensión de sus necesidades, sin temor a agotarla nunca; y el sentimiento moral que se habrá desarrollado en los trabajadores libres e iguales, prevendrá el abuso y el malgasto. Entretanto compete a toda comunidad el determinar por sí misma, durante el período de transición, el método que considere más conveniente para repartir el producto del trabajo entre sus asociados..." Yo pregunto: estas observaciones ¿no ofrecen un esquema amplio y práctico que habría podido ser suficiente para todos? Guillaume desea el comunismo libre, la "toma del montón", pero tiene el buen sentido de comprender que eso presupone la abundancia y que la abundancia no existe desde el principio para los productos, como en un país monta-

noso, rico en fuentes, existiría el agua potable: es preciso primero producir la abundancia y entonces se gozará de ella libremente. En ciertos países de Europa se comprenden ahora esas cosas mejor que en otro tiempo, a consecuencia de una dura experiencia hecha desde 1914. Se sabe, en general, que el sistema capitalista no produce nunca la abundancia, porque la superproducción crea la crisis, desde el momento que faltan los consumidores. Este sistema es inseparable de un enorme infra-consumo (consumo inferior a la media normal) de las masas trabajadoras, es decir es inseparable de su frugalidad y de sus privaciones. Se ha visto ésto, por ejemplo, en lo referente a los alojamientos, donde se prohibió el aumento de los alquileres o se restringió durante el período de la guerra, mientras que con las industrias de guerra, etc., vastas categorías de obreros percibían más. Entonces estos se han aprovechado para alojarse un poco mejor, para estar un poco menos apretados — y la falta de alquileres ha sido el hecho catastrófico en muchos lugares. Si por tanto, después de la revolución todos quisieran vivir un poco mejor y trabajar un poco menos intensamente, se produciría una deficiencia, una penuria tal que, si en ese momento se realizase el comunismo libre, la "toma del montón", provocaría la preponderancia de los más fuertes, un régimen que haría volver los racionamientos, la autoridad, más bien que crear el verdadero espíritu libertario que justamente entonces, dado el nuevo ambiente, podría florecer. Entonces sí, frente a tales situaciones, hay quien no sabe hacer otra cosa que proponer el comunismo libre, la "toma del montón", y siempre la "toma del montón", correría el riesgo de quedar aislado, o bien si la "toma del montón" satisficiera a los primeros cien llegados, ¿qué harían los otros si vuelven con las manos vacías? Un comunismo sin abundancia, es por tanto, un absurdo; es preciso decirlo claramente. Pero algunos de los nuestros están de tal manera aferrados a la enseñanza comunista, nada más que comunista, de 1876 y especialmente de 1879-80 que no quisieran saber nada ni tener que ver con una anarquía que no fuese comunista en todo y desde el primer minuto. Sé que se ha hecho excepción para algunas rarezas y primicias que se reservarán a los enfermos, y otros casos particulares por el estilo — pero no se queará admitir nunca restricción alguna aplicada a un producto normal; sería la vuelta al Estado, la invocación de la concupiscencia, de la nueva acumulación de riquezas, etc. Entonces el resultado es: que se queda al margen, separadamente, de los acontecimientos que no producirán nunca una situación para que se entre directamente en el comunismo como se entra en un tranvía. Lo mismo como si uno deseara también el primer o el segundo piso de una casa sin quererse ocupar de cavar los cimientos..." Sé que existen las mejores razones para preferir un sistema más solidarista a un sistema menos altruista, y que el buen comunismo que se realiza en todo tiempo en muchas familias bien provistas en un tipo social más elevado a los acomodos que implican cuentas y retribuciones. Pero de eso a reducir toda la gran lucha social al gran salto del ambiente actual precisamente a aquel ambiente enteramente ideal, esto me parece un deseo caprichoso, demasiado especializado, que deberá esperar mucho y perderá demasiadas ocasiones. La historia muestra en qué medida fué impotente el socialismo autoritario cuando existía el amplio colectivismo anárquico de la Internacional — y en qué medida ha crecido el socialismo autoritario, desde que, prefiriendo la elaboración refinada del más ideal comunismo libertario, incluso el llamado a la acción colectiva de las masas, el anarquismo se retiró a un terreno altísimo y nobilísimo, pero demasiado poco accesible y por tanto callismo, si el mismo anarquismo, en fin, no hubiese sentido el propio aislamiento. Pero como la causa primera, el unitarismo comunista, no ha sido eliminada, sus relaciones con los obreros a través del sindicalismo quedan sin éxito. No se siente tal vez que las inmensas corrientes que desencadenaría una revolución no se dejan canalizar en el comu-



nismo libertario, como no se dejan poner diques en el comunismo bolchevista o como no se dejarán domesticar por Tucker o por Proudhon para practicar el cambio igual del mutualismo? Solamente en la Internacional colectivista existía el amplio esquema que conviene a un movimiento internacional, y ahora no existe ya. Hemos tenido tal vez un hombre, comunista de corazón, pero de espíritu tan amplio como para comprenderlo todo — Eliseo Reclus; teníamos los anunciadores valerosos de un anarquismo sin hipótesis económica específica y panacea, como Ricardo Mella y Voltairina de Cleyre. Pero en general teníamos y tenemos brillantes expositores del comunismo anárquico que, sin embargo, están de tal modo fascinados por ese ideal, de que no pongo en duda la exquisita belleza, y tienen casi siempre el más profundo desprecio para cualquier otra concepción anarquista. Esta intranquencia se ha resuelto en esto: que en 1926, cincuenta años después de la iniciación de esta tendencia restrictiva, somos mucho más numerosos que entonces — claro está, — pero si comparamos lo que fueron todos los de-

más movimientos sociales en 1876, y lo que son actualmente, desde ese punto de vista no hemos progresado. Porque en 1876 todavía, la Internacional colectivista, constituida a partir de 1868 por los belgas, los jurasianos, por los franceses con Varlin, por los españoles, por Bakunin, y a partir de 1871 por los italianos — esa Internacional, era la gran corriente revolucionaria de la época — y con las mejores intenciones del mundo, creyendo mejorarla, embellecerla, con el exclusivo doctrinarianismo comunista, se la ha restringido y relajado. No se conseguirá nunca reestablecer las verdaderas proporciones, reconstruir la amplia corriente tolerante de entonces, cuando había puesto para todos, cuando nada impidió el advenimiento del comunismo anarquista, que sin embargo, no habría debido creerse nunca, con el tiempo, el único heredero de toda la anarquía, la cual, por simpática que sea, no puede llegar sino después de una larga y libre experiencia, no ya como una acción automática o espontánea, que sería simplemente el milagro. He aquí mis impresiones que someto a la crítica de los compañeros.

A. KARELIN ¿QUÉ ES LA ANARQUIA?

V Se equivocan los que afirman que los anarquistas tienden a la destrucción de la sociedad. Los anarquistas saben perfectamente que los hombres vivían y siempre vivirán en sociedades, y a los hombres les es ventajoso y agradable vivir en comunidad. Los anarquistas aspiran, no a la destrucción de la sociedad, sino a su unión. Aspiran a crear una sociedad armónica y cordial de hombres libres e iguales. Los anarquistas saben que los Estados, donde las masas laboriosas pasan una vida tan miserable, desaparecerán. El Estado es una sociedad antagónica, una parte de la cual, los gobernantes, son dueños del poder e imponen su autoridad a los súbditos. Los primeros someten a la obediencia a los segundos, con amenazas de tormento y por los tormentos mismos. Los gobernantes explotan siempre a los súbditos mediante la explotación de los impuestos y apropiación de distintos objetos de uso. El Estado es un explotador tan terrible como todos los capitalistas y terratenientes juntos. El gobierno zarista de Rusia quitaba a los campesinos y obreros, hasta la Revolución de 1917, la misma cantidad de sus productos que todos los demás explotadores juntos, una tercera parte del recogido en el año. Con el segundo tercio se quedaban capitalistas y terratenientes, y todo el pueblo laborioso sólo, compuesto por muchos millones de almas, tenía que contentarse con una tercera parte de lo por él creado. Los obreros y campesinos de Rusia trabajaban de este modo dos días en la semana para sí, dos para los capitalistas y dos para el gobierno. La sociedad anarquista no conocerá el despojo estatal y capitalista, pues la Anarquía es una sociedad armónica, sin poder coercitivo; una sociedad, en la que todos participarán, conscientemente y en la medida de sus fuerzas, en el trabajo común, y todos disfrutarán igualmente de los productos de ese trabajo; una sociedad, en la que no será posible la explotación y la opresión de unos hombres por otros. La sociedad anarquista es realizable. Esto se reconoce hasta por escritores socialistas, partidarios del Estado. Federico Engels, por ejemplo, decía: "Las clases sociales desaparecerán tan fatalmente como han surgido. Junto con ellas desaparecerá también el Estado. La sociedad, que organizará de nuevo la producción sobre las bases de una asociación libre e igualitaria de los productores, colocará toda la máquina del Estado en el lugar que le corresponde: en el museo arqueológico, junto al torno de hilar y al hacha de bronce". En 1891 preveía Engels el momento en que "la nueva generación formada en condiciones sociales, libres se desprenderá de toda la antigua estatal". Es difícil comprender, sin embargo, a qué condiciones sociales libres se refería Engels: en los Estados — aun en los que son como la Comuna de París de 1871 o los Estados socialistas de Alemania y Rusia (1919) — no hay libertad. Carlos Marx, en un libro sobre la Comuna denominaba al poder del Estado "parásito", y decía que el Estado es totalmente innecesario en una organización comunal. El mismo en su "Circular privada" daba la siguiente definición: "Todos los socialistas entienden de Anarquía lo siguiente: una vez logrado el objeto del movimiento proletario — la abolición de las clases — el Estado que sirve para mantener a la inmensa mayoría de los productores bajo el yugo de la minoría explotadora, desaparecerá, y las funciones gubernativas se transformarán en simples funciones administrativas."

ISRAEL CHAS DE CRUZ

UN MUCHACHO

Su niñez fué tranquila y miserable. Nació en una casa del barrio de Puente Alsina...

Hasta los ocho años fué un niño sucio, esmirriado y harapiento, presa siempre de una timidez y de un cansancio, que nunca pudo al intento vencer.

A los diez años su vida cambió fundamentalmente de rumbo. Su madre, una buena mujer caída de espíritu en esa enorme tragedia emanada de la adversidad que la había arrasado hasta los últimos extremos...

Lo llevaron hasta el negocio de un conocido de su padre, donde desempeñaría las elevadas funciones de gerente, manejaor y único empleaado, bajo la severa vigilancia y dirección del dueño del comercio, un viejo amargado y grunón...

Asintió con su pasividad acostumbrada, aceptando las condiciones impuestas y el salario fijado, sin saber a ciencia cierta que labores tendría que realizar.

A más, no aspiraba. No duró mucho tiempo su tranquilidad; el patrón le aplicaba feroces palizas diarias...

Pensaba en sus padres sin alegría y sin tristeza. "Mamá estará lavando ropa. Papá estará por afuera" y cerrando los ojos, entrevía las acciones de sus progenitores en el ambiente hórrijo en que vivían.

Las palizas le idiotizaron casi por completo, por más que las recibía como algo inevitable y hasta natural.

Un día, inexplicablemente, comenzó a rozarle el cráneo una idea monstruosa. "Se habría muerto mamá?... ¿Se habría muerto mamá?..."

La garganta oprimíasele cual si dedos sarmientosos y fuertes la apretaran. ¿Con qué que le iba a enterrar?... ¿con qué, si no tenían un solo centavo nunca?...

Los dientes le castañaban de terror iluminado... pero ¿se habría muerto? ¿Y con qué, con qué la iban a enterrar? — la idea le martilleaba la mente de continuo — si no tenían un solo centavo nunca...

¿La tirarían a un pozo, en medio del campo...? ¿vendrían los perros a morderte la cara, los pies, los pechos, las piernas?...

No podía de sí el lúgubre pensamiento. Muchas noches revoivíase en el lecho, temiendo cerrar los ojos y ver reproducida en su mente la imagen del cuerpo desnudo e inalmidado de su madre...

Lleno de terror quedaba silencioso. Al rato, despaciosamente, abría la puerta del cuentril para recibir los débiles reflejos de la lámpara que alumbraba el almacén durante toda la noche.

Llegó a tener miedo de todo, un miedo cerval, que llegaba al terror cuando veía la antipática figura del dueño del negocio...

La vida que nunca había sido pródiga para él en felicidades, llegó a hacersele insostenible, concluyendo en muchas ocasiones por desesperar de un modo absoluto.

Una noche el viejo pégole una paliza más fuerte que las ordinarias, porque azucaró el té matinal más de lo debido.

Logró en esta forma una pacidez interior, sólo interrumpida por los ataques intermitentes, que salvo producirle una pérdida casi absoluta de la memoria, no le ocasionaban otros males.

El viejo hacía diariamente un pequeño balance, hasta que un día, la mala estrella que legislaba sus actos, se presentó una vez más: unos audaces ladrones, no sabía como le hurtaron cuarenta y ocho pesos que guardaba para pagar al repartidor de cigarrillos...

El miedo que legislaba sus actos, se presentó una vez más: unos audaces ladrones, no sabía como le hurtaron cuarenta y ocho pesos que guardaba para pagar al repartidor de cigarrillos...

al ver que no reaccionaba, dióse cuenta que algo grave le ocurría, decidiéndose a llamar a un volante, quien a su vez, avisó a la Asistencia Pública.

La vieja esposa del comerciante, se desmizo en lamentaciones, ¡tan bueno que era el muchacho, tanto que le querían, y ahora iría a morir con ese ataque de nombre tan raro...

No recordó fijamente qué le había sucedido, pero se aterrorizó de ello; en cualquier forma el viejo no le pegaba más, y hasta le trataba con cierto cariño.

Empero, pasó rápidamente ese período de tranquilidad, y las palizas volvieron a postrojarse en numerosas ocasiones, hasta que un día, el ataque epiléptico se repitió.

El ataque pasó y muchos otros se repitieron, aumentando día a día su ferocidad y su recatramiento, que le hacían parecer una bestia salvaje y taciturna.

Sea por incompetencia del muchacho o por un compujor que se les instaló al lado, lo cierto es que un día no pudieron hacer frente a unos pagos, viéndose obligados a cerrar.

Se acerbó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.



sin reintegrar anticipadamente el dinero extravado. Quedose en la puerta de la casa, aguardando, sin pensar en nada, y en su salud de la noche horrible, manamente cubierto por el delgado traje, surrio un nuevo ataque.

Despertó en la sala de guarda del Ramos Mejía. Una enorme laxitud lo envolvía. Hubiera dicho que sobre sus piernas teñía moles de hierro.

Al muchacho hablaba despaciosamente, como repitiendo una lección aprendida de memoria. — Así que él también tendría que estar siete meses en el hospital...

Pasó tres días en esa situación desconcertante, sin saber por qué estaba, sin saber si lo dejarían salir pronto. Tres días completos, durante los cuales no probó bocado.

Porque estaba allí?... Llegó un médico, hombre de cuarenta años, de mirada astuta, y expresión de decisión y madur, pintada en el rostro...

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

Se acercó al muchacho. ¿Como te sientes? — le dijo en un tono que quería ser bonadoso. — Me siento bien — repuso.

LUIS BERTONI.

El escepticismo social de A. France

Cuando Anatole France desapareció, el juicio fué unánime al reconocer el alto valor literario de quien será siempre incluido entre los mas grandes escritores franceses.

Desde volutar a nuestros días, nadie quizás supo emplear con tanta gracia y gentileza la lengua francesa. El mismo rablo Courier, tan atrayente, posee un estilo demasiado sabio y se ateja por eso de la facilidad sonriente, peculiar del genio francés.

Esta cuestión fué ya discutida por algunos de nuestros amigos, cuando se publicó el famoso libro de France: Los dioses tienen sed.

Esta cuestión fué ya discutida por algunos de nuestros amigos, cuando se publicó el famoso libro de France: Los dioses tienen sed.

Desde volutar a nuestros días, nadie quizás supo emplear con tanta gracia y gentileza la lengua francesa. El mismo rablo Courier, tan atrayente, posee un estilo demasiado sabio y se ateja por eso de la facilidad sonriente, peculiar del genio francés.

Desde volutar a nuestros días, nadie quizás supo emplear con tanta gracia y gentileza la lengua francesa. El mismo rablo Courier, tan atrayente, posee un estilo demasiado sabio y se ateja por eso de la facilidad sonriente, peculiar del genio francés.

Desde volutar a nuestros días, nadie quizás supo emplear con tanta gracia y gentileza la lengua francesa. El mismo rablo Courier, tan atrayente, posee un estilo demasiado sabio y se ateja por eso de la facilidad sonriente, peculiar del genio francés.

Desde volutar a nuestros días, nadie quizás supo emplear con tanta gracia y gentileza la lengua francesa. El mismo rablo Courier, tan atrayente, posee un estilo demasiado sabio y se ateja por eso de la facilidad sonriente, peculiar del genio francés.

Desde volutar a nuestros días, nadie quizás supo emplear con tanta gracia y gentileza la lengua francesa. El mismo rablo Courier, tan atrayente, posee un estilo demasiado sabio y se ateja por eso de la facilidad sonriente, peculiar del genio francés.

Desde volutar a nuestros días, nadie quizás supo emplear con tanta gracia y gentileza la lengua francesa. El mismo rablo Courier, tan atrayente, posee un estilo demasiado sabio y se ateja por eso de la facilidad sonriente, peculiar del genio francés.

Desde volutar a nuestros días, nadie quizás supo emplear con tanta gracia y gentileza la lengua francesa. El mismo rablo Courier, tan atrayente, posee un estilo demasiado sabio y se ateja por eso de la facilidad sonriente, peculiar del genio francés.

Desde volutar a nuestros días, nadie quizás supo emplear con tanta gracia y gentileza la lengua francesa. El mismo rablo Courier, tan atrayente, posee un estilo demasiado sabio y se ateja por eso de la facilidad sonriente, peculiar del genio francés.

Desde volutar a nuestros días, nadie quizás supo emplear con tanta gracia y gentileza la lengua francesa. El mismo rablo Courier, tan atrayente, posee un estilo demasiado sabio y se ateja por eso de la facilidad sonriente, peculiar del genio francés.

rece que lo hiciera únicamente para divertirse y divertir al lector, sin otro objeto ulterior. No solamente esto, sino que, basándonos en ciertas expresiones en forma de pensamientos e ideas, sería licito deducir que, según su sentir, la naturaleza humana esta hecha de tal forma que no podría ser modificada.

Es evidente que el mundo burgués no tiene que temer mucho a este género de escepticismo. Al contrario, un arve semillante — lo hemos podido constatar — logra seducir a los navegadores para sumirlos luego en un estado de ouda, sin taertes convicciones y sin voluntad para la acción.

No es necesario disimular que por justificado que sea el escepticismo frente a las actuales instituciones, se puede siempre presentar ante nuestro examen: el valor moral y político de la obra del ilustre desaparecido.

Esta cuestión fué ya discutida por algunos de nuestros amigos, cuando se publicó el famoso libro de France: Los dioses tienen sed.

Esta cuestión fué ya discutida por algunos de nuestros amigos, cuando se publicó el famoso libro de France: Los dioses tienen sed.

Esta cuestión fué ya discutida por algunos de nuestros amigos, cuando se publicó el famoso libro de France: Los dioses tienen sed.

Esta cuestión fué ya discutida por algunos de nuestros amigos, cuando se publicó el famoso libro de France: Los dioses tienen sed.

Esta cuestión fué ya discutida por algunos de nuestros amigos, cuando se publicó el famoso libro de France: Los dioses tienen sed.

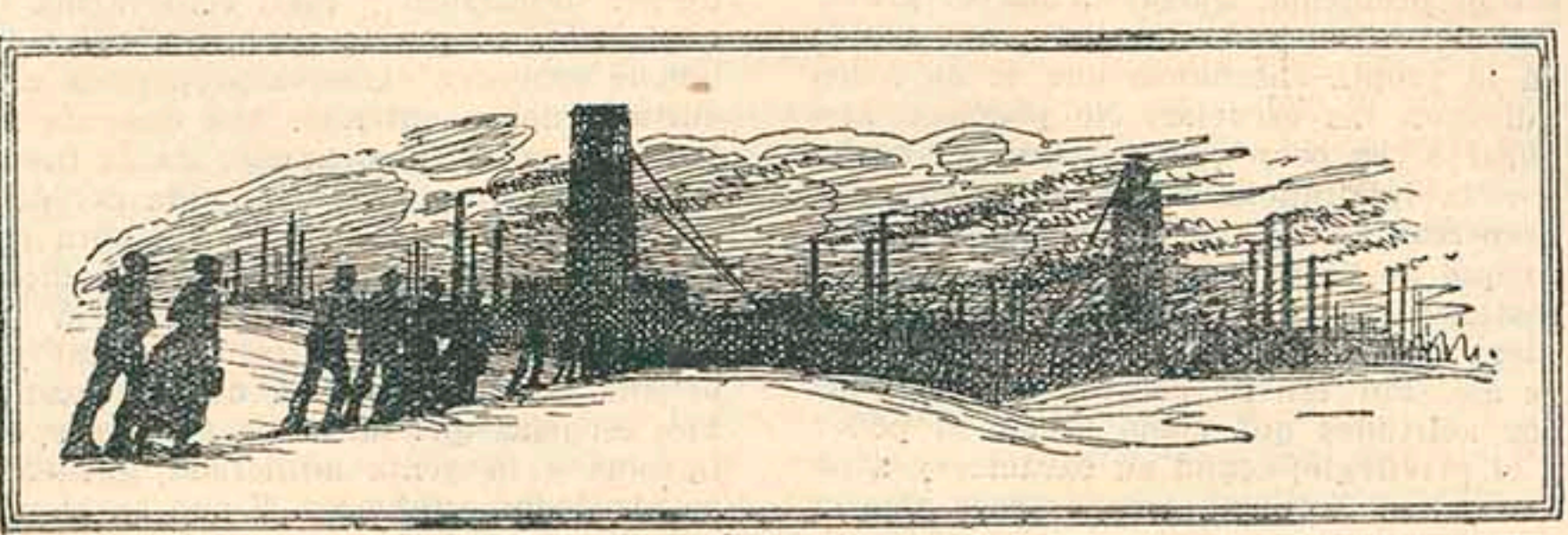
Esta cuestión fué ya discutida por algunos de nuestros amigos, cuando se publicó el famoso libro de France: Los dioses tienen sed.

Esta cuestión fué ya discutida por algunos de nuestros amigos, cuando se publicó el famoso libro de France: Los dioses tienen sed.

Esta cuestión fué ya discutida por algunos de nuestros amigos, cuando se publicó el famoso libro de France: Los dioses tienen sed.

Esta cuestión fué ya discutida por algunos de nuestros amigos, cuando se publicó el famoso libro de France: Los dioses tienen sed.

Esta cuestión fué ya discutida por algunos de nuestros amigos, cuando se publicó el famoso libro de France: Los dioses tienen sed.



El desalojo

Miseria. — No fué pagado el alquiler. — Mal envuelta, la escualida y escasa ropa — está tirada en el medio de la calle. Esta mudanza es como una agonía.

Y piensa el lecho en el desgraciado amor que protegió, y que los pobres miembros de dos niños procreó para el hambre. ¡Oh, maldito amor del tugurio!...

Bajo la lluvia el carro chirría. Detrás, baja la frente, un obrero descarnado sigue sus ruinas. Pasa enmudecido, un...

ENCUESTA DEL GRUPO "LOS ICONOCLASTAS" DE STEUBENVILLE, OHIO

El cuestionario propuesto contiene los puntos siguientes:

- 1.0—Sobre los problemas actuales del anarquismo y medios para provocar un esfuerzo anarquista internacional contra la reaccion autoritaria.
2.0—La anarquia como principio de organizacion de las sociedades, ¿es o no revolucionaria?
3.0—Siendo una idea humana, ¿es o no proletaria la anarquia?
4.0—¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que labren ellos mismos lo antes posible su emancipación?

Respuesta de Miguel Jiménez

(Conclusión)

Nadie ha expresado el mequino y absolutista deseo de que la organizacion obrera monopolice al más bello y amplio de los ideales. Qué más quisieramos que la idea que lleva por premocon la emancipación universal, fuera compartida y querida al igual por todos los seres, que entonces nada se opondría a la resurrección humana. La unión de intereses no es nada sin la comunión de ideas, y viceversa. Además, la clarividente experiencia nos ha mostrado, no sólo la incompatibilidad, sino también lo que podemos esperar de los que disfrutan una posición privilegiada. Ya el coloso Miguel Bakunin, desengañado de los halagados por la burguesia y de los pequeños burgueses, se entregó completamente a los desheredados e indigentes. Y los pocos luchadores libertarios que vienen por primera vez a luz en dorada cuna, renunciando a su acomodada condición, se dieron al trabajo y a los trabajadores. La anarquía es constantemente perseguida en las personas de sus partidarios, que son sus profetas; pero ella avanza, porque es la propia libertad, y ésta ha de reinar entre los hombres.

Los trabajadores, por el hecho de estar tiranizados y constreñidos, son proletarios; pero al querer sustituir la tiránica trilogía Dios, Jefe y Amo por la de Libertad, Igualdad y Fraternidad, no deseamos que todos sean proletarios, sino que, por la previa dignificación del trabajo, todos los hombres úti.es sean libres productores.

Después que los anarquistas habian estado desarrollando todas sus actividades en la organizacion obrera, predicando sus ideales a las masas, denunciando los manejos de los politicos y desviadores arribvistas y demostrando a los trabajadores que su emancipacion no la esperan de nadie sino de sí mismos, por lo que lograron mantener una fracción propia o movimiento obrero declaradamente colectivista-anarquista, de pronto cambiaron su posición, y alejándose de aquel campo donde habian echado sus ricas semillas, se dieron a la creacion de grupos y al sostenimiento de esta organizacion especifica. Por un sentido de imitación a los politicos de todos los matices, los anarquistas cometieron el grave error de forma: como ellos, un partido. Por este hecho, los anarquistas han ido perdiendo su influencia en las masas obreras. Y aunque más tarde pretendieron reconquistar su antigua influencia en el mo-

bría la mirada que no vuelve hacia atrás. Va detrás de él la mujer, la florosa mujer con los dos hijos. Y van sin descanso adonde ellos ignoran. La lluvia los azota horrendamente.

Un austero dolor, que parece amenaza, tiembla por dentro en los barajos amontonados, y en el carro que cruje y gime, y en los cuatro errantes de rostros resacaos.

Aquel gastado moblaje desnudo que en medio del fango lánzase al acaso; aquella miseria que obstruye la calle, parece el principio de una barricada.

ADA NEGRI

5.0—¿Por qué sendas creen los compañeros que debe orientarse el arte en América y Europa para saturar más el ambiente del anarquismo?

6.0—¿Qué concepto merecen las tendencias individualistas en el movimiento obrero, actualmente?

7.0—¿Cuál es el valor de la tradición y en qué medida deberá seguirla?

8.0—¿Para soterrar más hondo y deshacer viejas creencias petrificadas en las mentes, ¿pudieran los camaradas historiar el origen, bases y fundamentos de la Biblia?

vimiento obrero, por hacerlo más que dentro, desde su agrupación ideológica, en toda su proporción ya no lo consigueron. El sindicalismo, a cuya fundación contribuyeron algunos anarquistas que probablemente no llegaron a comprender la gravedad de su paradójica declaración de mirar a los trabajadores por su condición de tales y al margen de toda escuela política e ideológica, había de ser, por consiguiente, refractario a la influencia libertaria y, en especial, a la emanada de la agrupación anarquista. Claro que ese amalgamado hibridismo y heterogeneidad sindicalista había de dividirse, fracasando, como es natural, la pretendida unidad sin distinción de ideas, ya que no es posible la persistencia y la constancia de una organización sin la afinidad de ideas e intereses de sus miembros.

A pesar de que cuantas veces se ha pretendido fusionar las diferentes tendencias políticas y religiosas, o sea co-ana: a todo el proletariado, o no se ha conseguido o la escisión se ha producido inmediatamente, aun quedan amantes, entre los anarquistas, de la unidad obrera en el principio económico. Es ingenua esta pretensión de los que han sufrido toda serie de desprecios y despidos por parte de los socialistas. Es bien patente que la unión sincera y persistente no es posible entre quienes no sólo sustentan irreconciliables ideas y creencias, sino que también inasimilables métodos y tácticas sobre la lucha de clases. Toda organización sindical independiente acaba por desmembrarse por las luchas intestinas de las minorías ideológicas que aspiran a la hegemonía y a la dirección, y en las que la influencia y encauzación se encuentran ya en manos de una tendencia, las minorías de oposición obstaculizan su obra, por lo que de todas maneras, teniendo interior lucha de enemigos, no es posible que la organización pueda desarrollar su lucha contra el enemigo exterior. Toda coactividad precisa de un fin, por lo que no puede ser un sindicalismo neutro o de exclusiva resistencia. Por eso se necesita, no una unidad ficticia, sino sincera, firme, real. El anarquismo tiene soluciones propias y definidas para el arduo problema económico, labor que no realizan ni pueden los grupos anarquistas por su contextura por afinidad de criterios y temperamentos sin distinción de profesiones; obra que no puede desarrollarse en una organización mediatizada que no tiene por enemigo más que al craso capitalismo; por eso propugnamos una organización propia y definida, que tenga por inmutable matiz, guía y finalidad al anarquismo.

El movimiento anarquista de nuestros días aparece en muchas partes dividido en diversas fracciones dedicadas a una actividad de propaganda y acción propias. El naturismo, el racionalismo, el especificismo, el economismo, etc., etc., se encuentran desvinculados. Cada vez se nota más la necesidad de unir estas distintas ramas que tienen una tendencia libertaria. En la federación de las agrupaciones culturales, de las asociaciones vegetarianas, de las corporaciones económicas y de los grupos proselitistas

formadas por productores, está la base orgánica del movimiento obrero anarquista. Laboremus por que la Asociación Internacional de los Trabajadores abrace, formando un solo haz, a todas las organizaciones que, integradas por obreros, tanto del brazo como del cerebro, tengan por suprema aspiración la emancipación política, intelectual y económica.

¿Qué orientación debe darse en el presente a los niños para que lo antes posible ellos mismos labren su emancipación?

En todas partes se oye el mismo grito más o menos vehemente: hacen falta escuelas, muchas más escuelas. Son muchos los niños que llegan a la edad madura sin haber pasado por ellas, y otros que, aunque pasaron, no lograron fruto alguno en ellas. Son incontables los cerebros petrificados, dormidos, muertos, que podrían ser inagotable manantial de preciosos pensamientos. Ya los que todo lo esperan del Estado cual si fuera un ser todopoderoso, en nombre de la cultura y del progreso, en ulantes campañas, pedirán a los gobiernos la creación de escuelas que retienen las mentes infantiles con el burl de la enseñanza. Ya los que se adjudican el título de filántropos y cultos, menos estridentes y considerando insuficientes a los poderes públicos para tamaña empresa, se dispondrán a apoyar a los gobiernos con su concurso para acabar por completo con el selvático analfabetismo. Ya se dedicarán las instituciones, tanto oficiales como particulares, a la intensificación de la obra creadora de liceos y a dotarles de los necesarios métodos pedagógicos. En toda circunstancia que la juventud, que es gracia, viveza y alegría, aparte su afán e interés y se vea empujada instintivamente a acudir la escuela, por ser ésta un centro opuesto a su temperamento, no lograrán gran cosa los amantes de un resurgir instructivo. Mientras que el maestro prosiga ejerciendo en el colegio una condescendiente potestad, por cierto más odiada y temida que respetada, y siga habiendo pocos maestros para muchos discípulos, que queden buena parte olvidados y desatendidos, continuará sin resolverse el problema educativo.

Para resolver un problema tan arduo como interesante, tal el de la educación de la infancia, no basta con la sola fundación de liceos para la enseñanza. La cuestión pedagógica va también unida a la económica por indisoluble lazo. La escuela no es una cosa que no tenga ninguna relación con la despensa. De poco sirve que, incluso, se declare gratuita y obligatoria la enseñanza en los colegios. Más cuando el capitalismo favorece el trabajo de los niños, y no sólo favorece, sino que obliga por medio del resplazo de los hombres por niños y mujeres en las industrias, y además, por la insuficiencia de los sueldos bien mequinos. Qué más quisieran muchos padres que procurar a sus hijos una docta inteligencia. Empero, mientras la escasez y la miseria sigan enseñoreadas de los hogares pobres, mientras los salarios no lleguen a cubrir las perentorias necesidades, mientras se sufran las angustias de esas crisis que se deben a la incapacidad burguesa, los padres se verán precisados a entregar al trabajo a sus hijos desde la corta edad, y a valerle de ellos, en lugar de llevarlos a la escuela.

Hay otro detalle que pesa mucho sobre el problema. Quizás la mayor gravedad de la cuestión que se trata reside en la propia enseñanza que se da a los niños en las escuelas. No podemos asegurar si es peor que se haga por sostener la ignorancia o que se labore por despertar la cultura de los pueblos. Claro que no tendría ni asomo de razón el sostener éste si lo que se proporcionara fuera verdaderamente cultura. Pero no es así. Por eso no sabemos cuál de las dos actitudes que suele tomar el poder y el privilegio, según su carácter y a tenor de las circunstancias, es peor. Con la

dogmática instrucción que se da en los colegios, en lugar de conducir a las mentes a las regiones de la claridad y del buen saber, lo que se hace es hundirlas en los abismos del misterio y de la obscuridad. Dícese que las primeras impresiones son las más perdurables, como también las primeras lecciones. Por ello, lo primero que se inculca en los niños es la ciega e indiscutible creencia en dios, como en sentido general, el temor, la docilidad y la obtemperación. Es así como en lugar de personalidades, se hacen sugestionados y supersticiosos autómatas. Porque en toda la primera enseñanza de las escuelas ocupan principal puesto y singular atención los textos morales y religiosos que hablan al discípulo de humildad y resignación. De esta manera se ahorrja y se atrofia, sumiendo a los individuos en germen, en el fanatismo y en la abyección.

ante a esta manifiesta catequización atávica, tenemos la enseñanza libre de nuestra escuela moderna y racionalista. En la horrenda e imponente negrura en que se halla este vetusto mundo, nuestras pocas y distantes escuelas se parecen a pequeños focos de rojiza luz titilante. En ellas es donde el niño es educado sin imposiciones, y sin restricciones es iniciado en el vasto y variado terreno del conocimiento humano. Pero son pocas, muy pocas. Hacen falta más, muchas más. Se precisan también mayor número de bibliotecas, laboratorios, ateos y demás centros de estudios que vayan reduciendo la tenebrosidad del ambiente con sus ráfagas luminosas. Laboremus; que las organizaciones, aumentando las escuelas, diseminan la enseñanza libre e integral que desarrolle todas las facultades del individuo hasta el punto de comprender todos los fenómenos que se verifican en el orden natural.

Lo peor que podía pasarle a la escuela libre es que en ella se hiciera obra política proselitista. Lo más malo que nos podía suceder, es que, a imitación de las oficiales y religiosas que lo primero que enseñan es el catecismo, en nuestras escuelas en menor o en mayor grado se inculcara a los niños principios de la filosofía anarquista. La anarquía gusta de la dilación de los adictos, pero no del éxtasis de los ciegos creyentes. Y seguramente lo que se haría con una propaganda escolar de esta naturaleza, sería llevar fanáticos a la anarquía. Al niño debe apartarse del libro tanto religioso como político, ya que no se halla en condiciones de poder comprender y contrastar los libros de todas las religiones y sus sectas, y de todos los partidos y escuelas políticas. El niño lo que precisa es de una enseñanza teórico-práctica de las ciencias y de las artes, en la que la inteligencia se una al trabajo, ya que son dos aspectos diversos de un todo. Con una instrucción extenta de toda mira tendenciosa, el individuo no sólo se capacita, sino que por sí mismo, y al chocar con la tiranía, da forma a sus deseos de libertad, aceptando la única idea concordante con su voluntad fuerte e indómita.

Lo mismo muestran error aquellos que sólo le dan importancia a la cultura quitándose a la acción, que aquellos que sólo se la dan al brazo quitándose al pensamiento. Una y otra labor deben realizarse juntas, al mismo tenor, porque ambas, además de complementarse, unidas son altamente beneficiosas y positivas. Quiénes dan proporciones excesivas a la acción, deben comprender que ésta, sin inteligencia ni preparación, puede ser desastrosa y caer, como arma de doble filo, en propio perjuicio, como los que le conceden excesiva proporción a la cultura, deben entender: que ésta, de llegar a adquirir importancia, sin la fuerza activa, es en seguida destruída debido a sus innovadores principios. La obra cultural tropieza con innumerales inconvenientes. Sobre todo la escuela, la que no puede ni en mucho contrarrestar por sí sola la labor opuesta de las incontables escuelas que tanto los gobiernos, las iglesias y la gente adinerada pueden a su alrededor establecer. Y aun en el caso

de la jornada significa, por algún tiempo, el trabajo para todos, y disminuye así la ganancia capitalista. Fueron muy pocos los que se preocuparon de obrar en ese sentido, no obstante tener cada día conflictos y realidades más tristes y reducirse cada vez más la energía combativa de los trabajadores. El hambre o, mejor dicho, el agotamiento por el hambre, no es un factor de revolución; hoy, al contrario, sirve a la reacción.

LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS

Por RICARDO MELLA (Estudio y réplica)

Un volumen de 172 págs. en 8.

Precio \$ 1.—

Se vende en esta administración

LA PROTESTA, Suplemento semanal.

Precio del ejemplar, 10 centavos. -- Diario y Suplemento, suscripción mensual, \$ 2.50.

Valores y giros a nombre de M. Torrente. Perú 1537, Buenos Aires.

de poder: influenciar y prevalecer, siempre les quedaría a los poderosos el recurso de la violencia. Por eso no conviene hacerse ilusiones. Por bien de la propia enseñanza integral, se tiene que ir pensando también en la revolución. La escuela puede dar hombres conscientes a la revolución social. Pero la revolución es precisa para que la escuela pueda desenvolverse y desarrollar sin peligros la enseñanza libre y racional.

Poco adelantará el niño si del colegio tropieza con un medio completamente opuesto y reactivo. Con los enemigos que tiene que luchar la escuela racionalista, se encuentra el propio hogar de los discípulos. Con muchos de los escolares tienen que emplear los profesores todos sus esfuerzos en deshacer los efectos del ambiente y del hogar. Esto no sucederá si los padres de estos niños que asisten a los colegios libres hubieran modificado sus condiciones de convivencia familiar. El interés de los libertarios debe primordialmente transformar la familia en un sentido, además de libre, igual, ya que en el mismo sentido pretenden transformar la sociedad. Además, los padres cerca de sus hijos podrían favorecer la labor de enseñanza de las escuelas, como padre. Sobre todo la madre, si es alfabetada, debe comprender que junto al hijo tiene un hermoso y virgen campo donde desarrollar sus conocimientos y actividades. Para la obra de educación del niño, ninguna persona mejor que ella, ni más diestra. ¡Qué cosa más bella para una mujer que, ayudando o encomendándose la instrucción primaria del hijo, pueda juntarse al título de madre, el de maestra!

D. A. DE SANTILLAN (2)

LA JORNADA DE SEIS HORAS

Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo.

Nunca ha sido más evidente que hoy el poder del sistema capitalista, y nunca se vió con más claridad hasta qué punto son absurdos los esfuerzos por aliviar de un modo un poco duradero las consecuencias del funcionamiento de ese terrible aparato económico. Tampoco fué el proletariado más impotente que hoy, ni estuvo más desorientado, ni se mostró más sumiso, en espera del maná bíblico, que en esta hora.

Son, precisamente, el socialismo científico y el movimiento sindical reformista los que consideran como la misión capital de su existencia el desemburamiento de cataplasmas para aliviar el dolor y la penuria actuales. Sin embargo, ahí tenemos el panorama de la crisis presente y su incapacidad para propiciar soluciones de cierto alcance.

Cuando propusimos en el congreso de Amsterdam la campaña por la jornada de seis horas, teníamos ante los ojos el malestar insoportable de la postguerra y la impotencia de los reformistas para producir un alivio pasajero a la situación del proletariado; una reducción

MI SENTIR

“Siento antes que pensar, y el sentimiento pesa en mí como una poderosa razón”.

Los problemas actuales del anarquismo son los eternos problemas de libertad y emancipación humanas, hechos más punzantes y urgentes, tanto por el desarrollo de la conciencia, como por el recrudescimiento que hoy sufren las injusticias sociales.

En el vaivén de la evolución social, resultado de la pugna de dos poderes (el naciente y el caduco) por la hegemonía, hemos retrocedido hasta las posiciones de nuestros abuelos. Y el problema más inmediato es la reconquista de las libertades políticas, pedida necesaria para alcanzar otros más elevados. Estas libertades que no pasaron de tener una existencia raquítica, pues la autoridad las limitaba a su capricho, son fundamentales para el anarquismo. Libertad de prensa, de reunión, de propaganda, de enseñanza, etc., pero reales y efectivas en la práctica, son necesarias a su difusión, a su vida. Es una necesidad elemental, ya que al revés que las demás doctrinas, sólo se difunde por el convencimiento, no por la sugestión y la simpatía, y precisa de la participación activa del individuo, del despertar de su conciencia y del auge de su personalidad.

Por ello, hoy está en trance de echarse en manos de una revolución política, sobre todo en los países acorrotados por la dictadura. Dada la inferioridad del anarquismo para acometer por sí solo un acto revolucionario, y estando ideológicamente incapacitado para imponerlo, es ésta su única salida.

La fuerza para los hechos revolucionarios se ha buscado siempre en las masas, y de éstas desgraciadamente no puede esperarse sino la perpetuación de la autoridad, y a lo sumo, el cambio de nombre de la dictadura.

No deja de ser una ilusión la que sufre al creer que la autoridad se destruye matando al tirano, que la tiranía se destruye demoliendo la organización que la sostiene.

La autoridad se cimienta en el espíritu de sumisión, en el espíritu de obediencia, que nos legaron nuestros ascendientes y nos inocularon en el ambiente familiar. Siendo la sociedad una extensión de la familia, empujada en la autoridad del padre, representante de los antepasados, y en la obediencia de los hijos, débiles, ignorantes y necesitados de tutela, no puede ser cambiada sin una lenta labor educativa que ha de empezar por el ambiente familiar, seguir en la escuela y continuar en la calle.

No, no fué el tirano quien, abusando de su superioridad, impuso vasallaje a sus súbditos; sino que fué el espíritu de sumisión de éstos el que encumbró al tirano y le otorgó voluntarioso todo su poder.

El problema fundamental del anarquismo, de hoy y de mañana, ha de ser la destrucción de ese espíritu de obediencia, propiciando por todos los medios en el individuo el despertar de su conciencia y la soberanía de su personalidad.

La tarea del momento es la conquista de la libertad de acción, mermada hoy, de más a menos, en todos los Estados.

Los medios con que cuenta para esta conquista de libertades elementales, a falta de una organización permanente, no pueden ser sino circunstanciales. Pero por favorables que nos fueran la pública opinión, el general descontento, la oportunidad del momento y hasta el azar en un movimiento arriesgado, la consolidación de lo conquistado exigiría la permanencia de un estado de fuerza.

A mi ver, lo más cuerdo en este respecto son las alianzas o frentes únicos; la anulación de esfuerzos de todos aquellos que tengan por denominador común esas libertades primarias. Como cuando se unen varios para hacer una jornada de camino, forzosamente han de ir todos, y para ir unidos, al paso del más torpe; y el que más perjuicio sacará del acuerdo será el más ágil, o el que haya de ir más lejos. Si puede recorrer solo el camino hará bien en no juntarse al paso lento de los demás. Mas si necesita de la orientación o apoyo de los otros para los primeros pasos difíciles de la excursión, ¿no será necesidad suma permanecer en el punto de partida, en pugnas y discusiones estériles, o adentrarse solos en la selva a riesgo de ser aniquilados? Es natural que cada cual tienda a sacar el mayor provecho posible para sí, y ello no debe ser motivo de rompimiento. La condición necesaria es que cada tendencia conserve su autonomía y que el acuerdo, de carácter pasajero, se establezca en vista a aprovechar una oportunidad.

El paralelismo existente entre el desarrollo individual del hombre y el desarrollo de la humanidad no puede ser más sorprendente y exacto. El Dr. Jarrowski ha tenido el acierto de hacerlo resaltar, aunque no podamos seguirle en todas sus deducciones. En efecto, la humanidad conoció en su infancia la explotación de la autoridad en el despotismo, y la extrema obediencia en la esclavitud. El poder era omnipotente, has-

ta divino. El pueblo débil, ignorante, necesitaba de la protección y la luz del poderoso. A medida que la humanidad ha ido creciendo en edad, el pueblo lograba conquistar algún nuevo derecho y el poder se iba dulcificando y complicando. Al niño se le dejaba salir de casa, pero para volver en seguida y sometido a vigilancia. A la esclavitud sustituyese el servilismo. Empezaban a reconocerse derechos al pueblo; éste va cada vez comprendiendo mejor su papel de sostén, hasta llegar el momento actual, análogo a aquel de nuestra juventud en que el padre recrudece su poder y su vigor ante la audacia del hijo siempre insatisfecho, y en el que éste, aun incapaz de vivir por su cuenta, acepta la protección paterna en espera de mejores días.

Aun la humanidad no ha llegado a la mayoría de edad, en que será capaz de pasarse sin tutelares protecciones. Va hundiéndose en el descrédito a sus amos, aprendiendo a distinguir lo engañoso y a no conformarse con derechos nominales, ni con escritos en papel mojado, a no fiarse, en una palabra, de la política. Pero al lado de un núcleo cada vez mayor de hombres emancipados y en lucha franca contra la autoridad, la humanidad tiene el lastre de una mayoría sumida aún en el espíritu de obediencia, embrutecida por la ignorancia, la miseria y el alcohol, y aturdida con distracciones, vicios y mercedes engañosas. Despertar a la vida libre, a la independencia de la personalidad, a esas muchedumbres en las que se sostienen y encuentran apoyo todas las injusticias e ignominias sociales, es la tarea y la misión de los individuos liberados.

Creo en las virtudes y en la eficacia de la plena libertad concedida sin tapujos ni restricciones, pero tengo para mí que, sin autodomínio, sin el culto de la personalidad, sin autoeducación, es decir sin esfuerzo activo en el individuo por capacitarse para la vida independiente, no puede tener realidad el anarquismo.

Es la lección que debemos sacar de la historia.

La organización anarquista de la sociedad, lejos de ser una vuelta a las formas primitivas de convivencia humana, — patriarcados o matriarcados —, es una forma avanzada de asociación, de perfeccionamiento evolutivo, a la que sólo se puede llegar por una superación de los individuos, o por haber alcanzado la humanidad su mayoría de edad. Es un avance, no un retroceso; un ensayo de perfección más que una negación de la civilización. Si supone un cambio radical en las costumbres y las relaciones humanas, y es una etapa ascendente en la evolución humana, no puede menos de ser revolucionaria, en la más elevada y completa acepción de la palabra. Por lo hondo y radical del cambio que propugnamos, se nos tilda — como a todos los que

dirigido por los reformistas y los socialistas científicos, que quieren solucionar los conflictos entre el capital y el trabajo de forma que no salga nunca perdiendo el capital.

La última invención marxista para la disensión de sus teóricos es la concurrencia de los continentes. Se quisiera dar vida a una confederación de Estados europeos semejante a los Estados Unidos de América, a fin de evitar la mortal concurrencia entre los pequeños Estados europeos rivales, y formar un núcleo poderoso que tenga sus ventajas para la explotación de África y de Asia y de los países de la América latina frente a Estados Unidos. Los Estados Unidos se han puesto en situación de competir con toda Europa, y los marxistas siguen este desarrollo de su pensamiento: si los Estados Unidos pueden concurrir con toda Europa, es porque Europa está disociada por sus numerosos Estados; formemos los Estados Unidos de Europa, y las fuerzas comerciales e industriales tal vez se equilibrarán o inclinarán a favor de Europa. Esos señores no quieren salir del capitalismo, y en tanto que queden en él no debe extrañarnos que cada día se manifiesten más integrados en la ideología y en el engranaje del sistema capitalista. ¿No vemos a los socialistas ingleses reconocer el imperio británico con sus numerosas colonias y protectorados, como un todo, y defenderse rabiosamente contra la idea de su posible desmembramiento por la revolución?

Sobre la crisis de la desocupación no se han presentado hasta ahora más que tres soluciones:

- 1. — La jornada de seis horas, de que trataremos;
2. — La tesis de los capitalistas europeos, según la

de la jornada significa, por algún tiempo, el trabajo para todos, y disminuye así la ganancia capitalista. Fueron muy pocos los que se preocuparon de obrar en ese sentido, no obstante tener cada día conflictos y realidades más tristes y reducirse cada vez más la energía combativa de los trabajadores. El hambre o, mejor dicho, el agotamiento por el hambre, no es un factor de revolución; hoy, al contrario, sirve a la reacción.

De una forma o de otra, los desocupados tienen que vivir a costa de los que trabajan, porque lo que necesitan para su alimentación no lo producen los capitalistas ni se crea por el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Pero el socialismo científico ha sembrado tal claridad en los espíritus, que los obreros que trabajan son los más enemigos de los desocupados, y viceversa. Ni unos ni otros se dan cuenta que el único factor de vida es el trabajo, y que la desocupación es una nueva carga, como la del parasitismo social, que pesa sobre los productores, con la diferencia que los desocupados quieren trabajar y no encuentran compradores para sus brazos, y los parásitos no quieren trabajar. Como de una forma o de otra, directa o indirectamente, los que no trabajan no pueden menos que vivir de los que trabajan, pues bien o mal tienen que comer, ¿por qué no habrían de tomar los trabajadores en sus manos la suerte de los desocupados, reduciendo la jornada, o bien cediendo un día o medio día en favor de ellos? Tal medida no encontraría, probablemente, muchos opositores en las filas proletarias mismas; la oposición de los capitalistas nos podría tener sin cuidado. Esto es sumamente realizable en los países más industrializados pero en esos países el grueso del ejército proletario está

de la jornada significa, por algún tiempo, el trabajo para todos, y disminuye así la ganancia capitalista. Fueron muy pocos los que se preocuparon de obrar en ese sentido, no obstante tener cada día conflictos y realidades más tristes y reducirse cada vez más la energía combativa de los trabajadores. El hambre o, mejor dicho, el agotamiento por el hambre, no es un factor de revolución; hoy, al contrario, sirve a la reacción.

De una forma o de otra, los desocupados tienen que vivir a costa de los que trabajan, porque lo que necesitan para su alimentación no lo producen los capitalistas ni se crea por el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Pero el socialismo científico ha sembrado tal claridad en los espíritus, que los obreros que trabajan son los más enemigos de los desocupados, y viceversa. Ni unos ni otros se dan cuenta que el único factor de vida es el trabajo, y que la desocupación es una nueva carga, como la del parasitismo social, que pesa sobre los productores, con la diferencia que los desocupados quieren trabajar y no encuentran compradores para sus brazos, y los parásitos no quieren trabajar. Como de una forma o de otra, directa o indirectamente, los que no trabajan no pueden menos que vivir de los que trabajan, pues bien o mal tienen que comer, ¿por qué no habrían de tomar los trabajadores en sus manos la suerte de los desocupados, reduciendo la jornada, o bien cediendo un día o medio día en favor de ellos? Tal medida no encontraría, probablemente, muchos opositores en las filas proletarias mismas; la oposición de los capitalistas nos podría tener sin cuidado. Esto es sumamente realizable en los países más industrializados pero en esos países el grueso del ejército proletario está

Sobre la crisis de la desocupación no se han presentado hasta ahora más que tres soluciones:

- 1. — La jornada de seis horas, de que trataremos;
2. — La tesis de los capitalistas europeos, según la

de la jornada significa, por algún tiempo, el trabajo para todos, y disminuye así la ganancia capitalista. Fueron muy pocos los que se preocuparon de obrar en ese sentido, no obstante tener cada día conflictos y realidades más tristes y reducirse cada vez más la energía combativa de los trabajadores. El hambre o, mejor dicho, el agotamiento por el hambre, no es un factor de revolución; hoy, al contrario, sirve a la reacción.

De una forma o de otra, los desocupados tienen que vivir a costa de los que trabajan, porque lo que necesitan para su alimentación no lo producen los capitalistas ni se crea por el milagro de la multiplicación de los panes y los peces. Pero el socialismo científico ha sembrado tal claridad en los espíritus, que los obreros que trabajan son los más enemigos de los desocupados, y viceversa. Ni unos ni otros se dan cuenta que el único factor de vida es el trabajo, y que la desocupación es una nueva carga, como la del parasitismo social, que pesa sobre los productores, con la diferencia que los desocupados quieren trabajar y no encuentran compradores para sus brazos, y los parásitos no quieren trabajar. Como de una forma o de otra, directa o indirectamente, los que no trabajan no pueden menos que vivir de los que trabajan, pues bien o mal tienen que comer, ¿por qué no habrían de tomar los trabajadores en sus manos la suerte de los desocupados, reduciendo la jornada, o bien cediendo un día o medio día en favor de ellos? Tal medida no encontraría, probablemente, muchos opositores en las filas proletarias mismas; la oposición de los capitalistas nos podría tener sin cuidado. Esto es sumamente realizable en los países más industrializados pero en esos países el grueso del ejército proletario está

Sobre la crisis de la desocupación no se han presentado hasta ahora más que tres soluciones:

- 1. — La jornada de seis horas, de que trataremos;
2. — La tesis de los capitalistas europeos, según la

se anticipan a su tiempo — de locos, visionarios y utopistas.

La anarquía se relaciona con el proletariado, porque éste le proporciona su máxima difusión y el mayor número de adeptos, el entusiasmo de sus luchas y el afán de progreso de sus privaciones, porque el problema económico es el más apremiante y el que más subleva a un espíritu apasionado. Pero ello no quiere decir que la anarquía haya de ser exclusivamente proletaria.

Lo esencial en la educación libertaria del niño, es tratar de desarraigar en él el espíritu de obediencia, que todo, hoy, tiende a fomentar. Esta empresa ha de comenzar en la familia, en la que el padre debe dejar de ser el amo y el jefe para convertirse en el guía y el mentor del hijo débil y necesitado de tutela; proseguir en la escuela, en la que el maestro no se imponga por el terror sino por la simpatía, el afecto y la persuasión. El quid está en acertar a despertar en él el afán de autoeducarse, y esto no se consigue con panaceas ni con fórmulas, sino con cariño, voluntad y acierto. Los métodos pedagógicos que desarrollan la iniciativa, el razonamiento y el sentido crítico, son excelentes para el logro de esta finalidad.

Al arte no creo se le deban marcar senderos. Su orientación no depende de otra cosa que de la inspiración del artista. No al arte, sino al artista es a quien hay que pedir leve su obra por encima del negocio, de la gloria y del halago a los instintos de las masas. Basta que el arte se libre de estas concupiscencias para que se convierta en instrumento de emancipación humana.

Las tendencias individualistas me parecen bien, como una reacción contra el colectivismo devorador de la unidad hombre. Por encima del interés colectivo, que no pasa de ser una abstracción, y por encima de la ley de mayorías está la realidad, el hombre, con su derecho sagrado a la vida, a la independencia y hasta a la rebeldía. Para que la rigidez de toda organización y la vida restringida de toda colectividad no preponderen sobre los derechos y aspiraciones individuales, es conveniente y hasta necesaria esa exaltación del individualismo. Es la garantía del equilibrio que debe existir entre el individuo y la colectividad.

3. — La tesis del aumento de la capacidad de compra de los trabajadores, invención de los capitalistas norteamericanos. Según ellos, para superar una crisis industrial, el recurso más estúpido es reducir los salarios obreros; con ello se reduce la capacidad de compra del proletariado, que es el mayor consumidor, y se produce el fenómeno de una crisis, en que los depósitos están abarrotados, las fábricas tienen que paralizar su producción y las grandes masas consumidoras mueren de hambre y sufren toda suerte de privaciones.

De esas tres soluciones, la de los capitalistas europeos nos parece la más impotente y la más manifestamente inútil, pues ella tiene por primer efecto aumentar la desocupación y reducir más aun el consumo. Y la crisis actual es crisis de consumo ante todo; las fábricas se cierran, porque no encuentran consumidores o mercados para sus productos, y los consumidores se mueren de hambre, firitan de frío y sucumben a las privaciones, porque no pueden adquirir los elementos necesarios a la satisfacción de sus necesidades. Y esto no es de hoy; es un elemento integrante de todo el sistema capitalista, desde su aparición.

La solución dada por los capitalistas de Estados Unidos es más sensata. Los salarios son, en ese país, cuatro

Rehuyo dar mi respuesta al último punto de la encuesta, tanto por mi falta de documentación para acometerla, como por creer que tomar en serio la Biblia, — esa recopilación de textos antiguos, con intangibilidad de dogma e interpretaciones tan traídas de los pelos, como la de Seio, — es caer en la ingenuidad de que se puede convencer a un fanático, es decir a una mentalidad en la que el juicio camina por carriles.

La historia comparada de las religiones, enseñada en la escuela (en la edad en que aun el juicio no tiene la manía de los caminos trillados), es el mejor antidoto contra el envenenamiento religioso tan difícil de curar una vez desarrollado en la edad adulta.

UN MEDICO RURAL  
Valencia (España).

## Nuestros muertos

René Chauvi

En el mes de agosto del año corriente murió en Elancourt (Francia) Henri Gauche, conocido entre nosotros por el pseudónimo de Henri Chaughi, el autor del folletto "La inmoralidad del matrimonio". Fué colaborador, durante largos años, de *Les Temps Nouveaux* de París.

Lizzie N. Holmes

Nuestra valiente camarada, Lizzie N. Holmes, nacida en 1850, falleció en Santa Fe, Nuevo Méjico, el 8 de agosto, a los 76 años de edad.

Sobreviviendo por muchos años a sus tiempos de activa militante, las jóvenes generaciones de anarquistas no conocen su nombre, más los viejos compañeros que aún leen sus escritos no la olvidarán.

Partiendo del movimiento socialista, fué atraída por las doctrinas anarquistas, y en 1886, en la época del famoso proceso de los anarquistas de Chicago, se hallaba como secretaria de redacción, con Albert Parsons, en el periódico *Alarm*. Cuando la policía atacó la pacífica manifestación en Haymarket y una bomba fué arrojada contra aquélla y cuando los principales anarquistas fueron arrestados — no solamente por ser tales sino por encabezar el movimiento por la jornada de 8 horas — Lizzie Holmes se hallaba entre los que se pretendía procesar. Era naturalmente tan culpable como los otros, sus compañeros de prisión; pero sin duda las autoridades, reflexionando que la presencia de una mujer podía acarrear tropiezos y dificultades al asesinato judicial, antes que se instaurara el plan del proceso fué libertada.

Durante muchos años después sus cartas, sus correspondencias publicadas en *Alarm*, *Lucifer*, *Labor Enquirer*, *Freedom*, fueron leídas con pronunciado interés por los anarquistas de habla inglesa; mientras que sus artículos en la *Associated Labor Press*, difundidos por todos los Estados Unidos, eran discutidos entre los trabajadores norteamericanos por un gran número de los más inteligentes y avanzados, ideológica y mentalmente.

Sus hijos han muerto; pero pudo ser abuela antes de morir. Sobrevivió a su compañero de ruta en cuarenta años: W. Holmes, un camarada valeroso, activo y muy estimado. Lillian White, un poco más joven que ella, vive aún, también una escritora libertaria, — ahora en Los Angeles, — quien conserva como siempre su fe intacta en la causa de la libertad. Su sobrina es viuda de nuestro brillante Jonathan Mayo Cranes.

Es una gran lástima que ella no se haya preocupado de conservar y coleccionar sus escritos. Una norteamericana de raza, quien sabía comprender completamente la psicología de su pueblo, sus escritos lúcidos, bien informados, vigorosos en la expresión de sus pensamientos y atemperados por su buen sentido, ejercieron una gran influencia en su época, y aún ahora serían dignos de reproducirse en su mayor parte.

Adiós, vieja camarada. Sentimos que te hayas ido; pero no pena, porque tu vida fué útil y noblemente vivida en una bella realización de sí misma.

T. H. BELL

## BIBLIOGRAFIA

"Almanaque hispano-americano para 1927", (año XVIII). Director José Brisa, ilustrado con 265 grabados. Editorial Maucci, Barcelona — España.

Dr. Krumm-Heller. — ROSA CRUZ. *Novela de ocultismo iniciático. Un volumen de 230 págs. en 8.º E. Maucci, Barcelona.*

Rocker Rudolf. — LA MALDAD DEL PRACTICISMO. 32 págs. Editorial LA PROTESTA, Buenos Aires, 1926. Precio: 10 centavos.

El haber sido publicado este interesante trabajo en este SUPLEMENTO y el nombre del autor nos exime de hacer algún comentario sobre este nuevo folleto, cuya amplia difusión merece ser recomendada.

Emma Goldman — LA TRAGEDIA DE LA EMANCIPACION FEMENINA. 14

páginas. Biblioteca de Generación Consciente, Valencia (1926). Precio: 20 céntimos.

Nuestros lectores conocen este trabajo, que forma parte del libro de la compañera Goldman titulado "Anarquía y otros ensayos", por haber sido publicado en este mismo SUPLEMENTO el número pasado. La edición de "Generación Consciente" de Valencia es excelente.

## PUBLICACIONES RECIBIDAS

*Vegia*, anarquica mensual; N.º 3, julio-agosto, París. Trae el siguiente sumario. Elogio del ideal, por Auro d'Arcole; Magnaud; el amigo de los ladrones, por A. Borghi; Albores de vida, por V. d'Andrea; La rehabilitación de los borbones, por Massar; Gitanescas, por Tatiano; Hacia lo ignoto, por Renzo Novatore; El congreso de Génova de 1892, por Felice Vezzani; El último proceso de Eva, por Camilo Berneri; La mancha, por Leda Raffanelli, y otros trabajos.

*Gazzetta Médica Italo-argentina*, año IX, N.º 8, del 15 de mayo.

GENERACION CONSCIENTE, septiembre de 1926, Valencia. Esta revista mensual se ha comenzado a publicar hace 4 años en Alcoy y últimamente se trasladó a Valencia. Como su nombre lo indica propaga la generación consciente y un sistema de vida naturalista desde un punto de vista libertario. El número suelto vale 50 centavos.

VERBO ROJO, N.º 1, del 14 de agosto de 1926, México. — Hemos recibido el primer número del nuevo órgano de nuestros camaradas mexicanos. La redacción está compuesta por G. Durante de Cábarga y Rafael M. Saavedra; el administrador es J. C. Valadés. Deseamos a este periódico, que tiene el propósito de salir dos veces por semana, la más próspera existencia.

Publications de "La Révolte" et "Temps Nouveau". N.º 42. Publicación dirigida por Jean Grave, en Robinson, par Sceaux. *El Obrero Anarquista*, septiembre de 1926, número 4, Lima (Perú).

*Revista sud-americana de endocrinología, inmunología, quimioterapia*, Buenos Aires. Recibimos el número 9 de este año, correspondiente al 15 de septiembre, con un rico sumario de trabajos originales y un vasto resumen de artículos de otras publicaciones.

*Bibliografía*. — Hemos recibido los 3 primeros números de esta publicación iniciada en Rosario y trasladada a partir del 4 de septiembre a la Capital. Sale quincenalmente y es uno de los primeros ensayos de bibliografía sistemática en este país.

o cinco veces mayores que en todos los demás países, se trabajan menos horas y, sin embargo, esa nación puede concurrir con sus productos por doquiera. Ese fenómeno merece ser tenido en cuenta. El ministro de trabajo de los Estados, James J. Davis, en un artículo de la *Monthly Labor Review* (mayo de 1925) resume así la solución de los capitalistas norteamericanos: "Aumento de la productividad, pero no reducción de los salarios". Y la peripetacia de ese ministro de trabajo llega hasta este punto en sus consejos a los capitalistas: si los trabajadores son bien pagados, nace en ellos la virtud del ahorro, depositan sus ahorros en los bancos, compran acciones, etc., y de esa forma se interesan en el sistema capitalista mismo, por una parte, y, por otra, ponen sus fondos a disposición de los industriales, que pueden proseguir así cómodamente sus negocios. ¡Esa gente especula con todo! ¿Qué más podría decir el socialismo científico? Ha sido necesario que los capitalistas mismos comenzaran a descubrir que la reducción de los salarios y el aumento de la jornada no es una solución apropiada a una honda crisis industrial y comercial, para levantar un poco el nivel de las aspiraciones socialdemócratas. Pues indudablemente, en teoría al menos, ahora los socialistas tienden a inclinarse a favor de la tesis de los Estados Unidos y comienzan a recomendar calurosamente a los capitalistas europeos que los imiten.

Como solución provisoria, tiene su valor ese aumento de la productividad en lugar de la reducción de los salarios, pero tiene el defecto capital de ser un paso más en la evolución capitalista, lo que equivale a un nuevo paso hacia atrás en la involución del sentimiento y del pensamiento humanos. Además, si los Estados Unidos

pueden presentar ya ejemplos de la eficacia del sistema del aumento de los salarios para superar momentos difíciles de la economía nacional, es casi seguro que, generalizada, esa táctica chocaría de inmediato con graves inconvenientes que la reducirían a la impotencia. Una cosa, sin embargo, parece estar en el ánimo de todos: hay que buscar a la crisis que se prolonga demasiado, una solución práctica inmediata. ¿Cuál es la que más puede fomentar los intereses de la revolución?

Antes hemos de dar algunos datos elocuentes, para explicar la génesis de la desocupación crónica de la postguerra.

Tomemos al azar un periódico cualquiera; por ejemplo: el *Vorwarts* de Berlín (4 de mayo 1926). He aquí lo que leemos:

"En la calle Belle-Alliance trabaja la primera máquina pavimentadora (Finisher, sistema Lakewood) que trajeron los establecimientos Ambi de Estados Unidos. Allí hay ya en funciones unas 2.000 de esas máquinas y se construyeron con ellas desde hace 10 años unos 60.000 kilómetros de calles. El rendimiento de una de esas máquinas es realmente asombroso. Mientras que con el trabajo manual se asfaltan, con 4-5 obreros, 30 metros por día, con esa máquina se pueden asfaltar 250 metros diarios con el mismo personal, lo que significa un ahorro de 12 a 15 mil marcos por kilómetro. La máquina desarrolla tres labores, la distribución del asfalto, el apilonamiento y el pulimento. Los railes por los que avanza el Finisher abarcan una calle hasta de